



Fig. n.º 62.- Arroyo-Stephens, Manuel (2019): *La muerte del espontáneo*, Madrid, Edita A. Machado Libros, 149 págs.

Es un libro que merece una lectura reposada, para ir asimilando lo que con una prosa ágil y sencilla Arroyo-Stephens nos dice de manera muy bien documentada. Hay una asociación entre lo propiamente taurino y la cultura de amplio espectro, pues implica a la tauromaquia con literatura, filosofía, música, pintura y escultura, cada una de ellas acompañada por sus creadores. Es un libro original, podemos clasifi-

carlo de heterodoxo, es diferente a los que están apegados a la tradición taurómaca, lo que le lleva a ampliar la perspectiva que tenemos de la literatura taurina.

Manuel Arroyo-Stephens era de talante excéntrico y tímido, un hombre distante, pero cálido con amigos, dentro de su pudor. Es autor tardío, debió empezar a escribir mucho antes, dice Javier Marías, «las mejores vidas resultan cortas, porque siempre les quedarán cosas buenas por hacer».

La afición a la tauromaquia de Manuel Arroyo le llevó a ser el editor de José Bergamin, cuando era propietario de la editorial Turner; era seguidor acérrimo y después apoderado de Rafael de Paula. Tuvo aventura en el mundo musical, como redescubridor en el México de los años noventa de Chavela Vargas, a quien trajo a Madrid y ayudó a grabar un nuevo disco.

El año 2019 reunió varios escritos que tenía sobre la fiesta de los toros de fondo, por ejemplo, el que trata del cambio dramático que Juan Belmonte introdujo «en la geometría y lenguaje del toreo». Los textos que integran el libro que comentamos los escribió a lo largo de varios años; la mitad se publicaron en México en 2002, la otra mitad aparecen por primera vez en éste, que salió poco antes de morir en El Escorial el 16 de agosto de 2020, a los 75 años de edad. La frase, «Las cosas suceden a quienes saben contarlas», es aplicable a Manuel Arroyo con esta obra casi póstuma. Los textos que la integran tienen el tema taurino como hilo conductor, como queda dicho arriba, e insistimos en que estrictamente no pertenecen a una literatura de género, así como una pintura de paisaje no corresponde al género de la botánica.

El grupo de textos eminentemente taurinos lo integran el que abre el libro “A comienzo de setiembre”, y en sus primeras páginas menciona a Alberto González Troyano, su amigo, como coprotagonista en un viaje para asistir a cuatros corridas de toros, que se iban a celebrar en Jerez (dos), Albacete y Salamanca. Es en la corrida de Albacete donde ocurre el luctuo-

so percance que da título al libro, narrado con todo detalle por el autor, desde el salto del espontáneo al ruedo hasta que este llega a le enfermería muerto. Y cómo el público, que quiere buscar un culpable, critica a los toreros por interpretar que no hicieron lo posible para evitar la mortal cornada.

En el siguiente capítulo, “Aunque lo tenía delante”, describe con realismo y de manera escueta, la cogida y muerte de un joven torero en la Plaza de Colmenar, es muy probable que, sin nombrarlo, refiera lo acaecido a José Cubero *Yiyo* el 30 de agosto de 1985.

Estos dos primeros capítulos, junto al cuarto, el más corto, “Hacia un año”, tratan de los hechos luctuosos que a veces ocurren en una Plaza de toros. Éste rememora el primer aniversario de la muerte de Paquirri en Pozoblanco, siendo protagonistas quienes le acompañaron en el cartel, *Yiyo* y *El Soro*.

Los siguientes relatos, con trasfondo taurino, tratan de relaciones hombre-mujer y de cómo la filosofía, la música y la literatura están, de cierto modo, relacionadas con la tauromaquia, solo falta descubrirlas, y es lo que hace Arroyo-Stephens, en los cuatro textos que siguen.

En “La arena negra” relata una historia de amor veraniego, entre un joven torero y una aficionada, que no termina dulcemente, dejando al lector que deduzca quién es responsable de la ruptura de una relación no muy prolongada en el tiempo, cimentada en lo idealizado más que en lo real.

Los dos últimos capítulos son heterodoxos, por no ser frecuentes en un libro sobre toros y toreros. Pero son muy esclarecedores para entender la tauromaquia como algo más que un enfrentamiento de un hombre o una mujer con un toro bravo.

Una frase de Ludwig Wittgenstein es el antepecho a “En una anotación”, premonitoria de lo que espera al lector, donde el autor especula si en vez de enrolarse el filósofo en el ejército

austriaco durante la Primera Guerra Mundial, para ver de cerca la muerte en las trincheras, hubiera ido de banderillero en la cuadrilla de un torero con la filosofía taurómaca como Joselito. No es baladí que Wittgenstein escribiera en una obra póstuma *Cultura y valor*, que en una corrida el toro es el héroe de una Tragedia. A partir de esta frase Arroyo-Stephens construye su relato para responder a la pregunta ¿El toro héroe trágico de la corrida? ¿Puede acaso un animal ser un héroe, más aún, un héroe trágico?

Wittgenstein tuvo intención de visitar España en 1914, pero el estallido de la Gran Guerra hizo imposible el viaje, que ya nunca volvió a plantearse. No vio pues ninguna corrida, ni consta que tuviese ningún interés especial por España. Arroyo se pregunta «¿Por qué entonces esa reflexión inesperada y casi estrambótica, sobre un asunto de cuya existencia en el mejor de los casos sabía por referencias inexactas y tópicas?» Y contribuyó a que se traduzca por *bullfight* (o *Stierkampf*)_lo que en español se llama torero o corrida.

Arroyo en este capítulo expone la tesis de una relación entre la filosofía de Wittgenstein y las corridas de toros, lo que dicho así parece extraño, después de reflexionar en su exposición, se concluye que es de sumo interés la singularísima relación que en la corrida se da entre el toro, como bestia de combate y el hombre, Wittgenstein, que sin duda quería ver la muerte de cerca, probarse y medirse frente a ella, se alistó voluntario en el ejército de su país, y pidió ser enviado a la primera línea de fuego, a los puestos más arriesgados, como he expuesto antes. En este contexto es en el que hay que entender lo que decía:

«Más si la muerte puede dar sentido a la vida es porque el hombre, solo el hombre, sabe que va a morir; el único que, por tanto, puede tener una conciencia trágica. Que es sin duda la que tiene el torero cuando realiza su singularísima danza ante la fiera que quiere y puede matarlo».

Ante esto, Arroyo explica que también el torero tiene plena conciencia de estar ejercitando un arte, que Wittgenstein llama reacciones estéticas.

En el capítulo que cierra el libro, “Cuenta Eckermann”, Manuel Arroyo toma el libro de éste *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida*, como guía para contraponer los últimos años y el enfrentamiento a la muerte, en medio de la pobreza, la locura y el exilio, de tres grandes artistas románticos, Francisco de Goya, Ludwig van Beethoven y William Hazlitt frente a Johann Wolfgang von Goethe. En estas páginas no hay un relato cronológico ni una semblanza particular de cada personaje, sino que Arroyo ha tenido la argucia de saber unirlos sin impostura, lo que manifiesta el buen manejo que sabe hacer de las biografías.

A modo de Epílogo: En el libro que menos espera encontrar párrafos sobre tauromaquia surge la sorpresa. Cuando terminé la lectura del libro que reseño, recordé lo que María Teresa León escribía en *Memoria de la melancolía*,¹ acerca de lo que Rafael Alberti decía de su amigo Ignacio Sánchez Mejías, cuando iban en barco hacia Cuba,

«¡Mira que haber matado a Ignacio un toro! Cómo llegan las malas noticias: ¡Ignacio Sánchez Mejías, muerto! Rafael se inclinaba sobre la borda: ¡Y nosotros por acá! Ignacio, cuando se escapó de su casa de Sevilla, se vino a Cuba y como no lo dejasen desembarcar porque no tenía papeles, se tiró ahí, al agua. ¿Dónde se había tirado Ignacio? Rafael buscaba el rastro entre el pequeño temblor de la bahía. ¿Para qué volvió a los toros? ¿Por qué se había jugado su prestigio y su vida en la aventura nueva? Rafael seguía buscando su rostro.

Rafael puso de luto su alma. ¡Verte y no verte! No podía con-

¹ León, María Teresa (2020): *Memoria de la melancolía*, Editorial Renacimiento, Sevilla.

formarse a la inesperada –o demasiado esperada– desaparición de Ignacio» (León, 2020: 169-170).

«Los ochenta años de Pablo Picasso fueron celebrados por toda la costa francesa. Hubo corrida de toros en el departamento de les Alpes Maritimes, para la que llegaron Dominguín y Domingo Ortega, y se comentaba si dejarán o no matar los toros, pues allí estaba prohibido, la plaza de Vallauris fue convertida en una arena para lidiar toros, y rebosaba de gente, entre ellas se encontraban Pablo Picasso, Jacqueline, Lucía Bosé, Jacques Duclos, entre otros famosos. Cuando terminaron de lidiar el primer novillo, Dominguín se aproximó a ofrecerlo a Picasso, como un emperador romano bajó el pulgar. ¡A muerte! Hubo un alarido en la plaza. La que más aplaudía era una elegante señora sentada junto a Picasso, que era la Presidenta de la Sociedad Protectora de Animales. Y Dominguín mató el novillo» (*Ibidem* : 437).

Durante la estancia en Cuba de Rafael Alberti y María Teresa León tuvieron varios encuentros con Ernest Hemingway, con el que hablaron de toreros.

«Hemingway comentaba a Alberti que prefería a Ordóñez y Dominguín más que a otros, y le comentaba los nombres de las suertes del toreo. Entre los dos desplegaron una serie de imágenes que parecían estampas de la lidia» (*Ibidem*: 400).

Manuel Castillo Martos
Fundación de Estudios Taurinos

